

exclusion de toda otra persona; pero no tomaron en cuenta mas que los sacrificios solemnes y públicos que se ofrecen por las necesidades y en nombre de toda la nacion, de la cual es tenido por padre el soberano. Todos pueden y deben rendir en particular homenaje al Cielo; darle gracias por sus beneficios, y dirigirle votos y plegarias para obtener de él otros nuevos; pero estos no son al cabo sacrificios propiamente dichos, y solo al Hijo del cielo cabe el derecho de ofrecerlos tales.

» El uso que alegáis relativamente á los matrimonios no debe ser interpretado en el sentido que le atribuis. La intencion de los primeros legisladores fué la de señalar un término del cual no se debiese pasar sin dar esposa á un jóven y marido á una muchacha; como si hubiesen dicho: el término mas largo para los matrimonios es el de veinte años para las doncellas y el de treinta para los mancebos. Un antiguo uso confirma esta interpretacion: prescribe este que cuando un mozo haya cumplido los veinte años se coloque entre los hombres hechos, y se le permita llevar el bonete viril, que es á los ojos del público el signo característico de ello; y que apénas llegue una doncella á la edad de quince años se le fie el cuidado de la familia durante un invierno, que se le permita ir á reconocer las moreras en la estacion en que se empieza á labrar la tierra; y esto significa que uno y otra se hallan en estado de ser cabezas de casa, y que no les falta para ser tales mas que inclinacion, y la voluntad y eleccion de los padres respectivos.»

El rey indujo á Cung-seu á que se explicase acerca del estado matrimonial.

« El matrimonio (contestó) es el verdadero estado del hombre, pues que por su medio cumple con su destino sobre la tierra: nada hay por consecuencia mas respetable, nada que sea mas digno de ocuparlo seriamente, para poder satisfacer con exactitud todos los deberes que de él se derivan. Entre estos deberes los hay comunes á los dos sexos, y propios de cada uno de ellos en particular. El hombre es el jefe, y debe mandar; la mujer le está sometida, y debe obedecer. Las funciones del uno y del otro deben imitar á las operaciones del cielo y de la tierra que unánimes concurren á la produccion, al mantenimiento y conservacion de los seres. La ternura recíproca, la mutua confianza, la honradez, los miramientos, forman la base de su conducta; la instruccion y el mando de parte del marido, la docilidad y la complacencia de parte de la mujer, en todo aquello que no se aparta de las reglas de la justicia, del honor y de la decencia.

» En el estado de sociedad la mujer es deudora al marido de todo lo que es. Si la muerte se lo arrebatara, ella no queda por esto dueña de sí misma, sino que, así como de muchacha estuvo bajo la autoridad de su padre y de su madre, y á falta de estos, bajo la de sus hermanos mayores, y cuando casada estuvo bajo

la de su marido, cuando viuda, queda bajo la inspeccion de sus hijos, y del mayor si hubiere varios: cuyos hijos, sirviéndola con toda la adhesion y el respeto posibles, alejarán de ella los peligros á que la fragilidad del sexo pudiera exponerla. El uso le veda ademas pasar á segundas nupcias, y le prescribe por el contrario encerrarse en el recinto de su casa, para no salir de ella en el resto de sus dias. El cuidado de los negocios de cualquiera importancia fuera de aquella le está prohibido, y no debe por consiguiente emprender ninguno: no se mezclará tampoco en los asuntos domésticos sino en cuanto la obligue una necesidad imperiosa; esto es, en el caso de que sus hijos fuesen aun menores. Durante el dia, es deber suyo el esquivar las ocasiones de mostrarse, aun al pasar de una habitacion á otra; y en el curso de la noche, la estancia en que se recoge á reposar no debe carecer nunca de una luz conveniente. Llevando en tal manera una vida solitaria, y no de otro modo, gozará en la opinion de los descendientes la gloria merecida de la mujer virtuosa que llena honestamente sus deberes.

» Dije que la edad de los quince á las veinte años es el término para que una doncella tome estado; y pues que de semejante mutacion depende la felicidad é infelicidad de los dias venideros, nada debe omitirse ni descuidarse para proporcionarse una honrada colocacion y la mas provechosa que las circunstancias permitan. Seevitará principalmente que éntre la esposa en una familia que haya quedado envuelta en alguna conspiracion contra el Estado ó en algun proceso de abierta rebelion, ó cuyos negocios estuvieren en desórden, ó que se hallare agitada de discordias. Tanto ménos convendría á una doncella un esposo deshonorado por algun delito que hubiese merecido el rigor de las leyes, ó uno que se hallase lastimado por enfermedad habitual con alguna imperfeccion de espíritu ó deformidad de cuerpo que lo hiciese impaciente, repugnante ó enojoso, ó que siendo el mayor de una familia, no tuviese padre ó madre. Á excepcion de estas cinco situaciones, en todas las demas puede proporcionarse á un jóven marido que pueda correr con ella dias venturosos, con tal que cumpla con los deberes de su nuevo estado.

» El consorte tiene el derecho de repudiar á su compañera; mas no puede usar de él sin una causa legítima. Las causas legítimas de repudio se reducen á siete: la primera se da cuando una mujer no puede vivir en armonía con el suegro ó con la suegra; la segunda, si fuere impotente para dar sucesion á su marido, por reconocida esterilidad; la tercera, en el caso de que con fundamento se sospechare que ha violado la fe conyugal, ó que hubiere dado pruebas de impudicia; la cuarta, si con discursos calumniosos ó indiscretos introdujere desavenencia en la familia; la quinta, si tuviere de aquellas enfermedades hácia las cuales

cualquier hombre siente natural repugnancia; la sexta, si fuere deslenguada é incorregible por experiencia; y finalmente, la sétima si á escondidas del marido quitase los objetos de casa por cualquier motivo.

» Aunque basta una sola de las antedichas razones para autorizar á un marido al repudio de su mujer, no le es permitido en tres circunstancias el uso absoluto de tal derecho. La primera, el aislamiento de la mujer misma, en términos de que, falta de padres, no supiese dónde ó al lado de quien refugiarse; la segunda, si el repudio debiese acaecer en el discurso de los tres años que siguen á la muerte del suegro ó de la suegra por quienes llevase todavía luto; y la tercera, si el marido era pobre ántes y se hizo rico á consecuencia del matrimonio. No diré mas sobre este punto importante de la doctrina de nuestros antiguos.»

Se ha hablado mucho, y todavía se habla no poco, sobre el estado de degradacion en que se tiene á la mujer en las naciones del Asia; el mismo Cung-seu fué acusado de haber conocido mal la naturaleza de esta interesante mitad del género humano, y de haber hecho perenne su envilecimiento. Pero las precedentes máximas bastarán á convencer de cuán gratuito es aquel juicio, y cuán contrária á la naturaleza de la mujer la nueva doctrina de su pretendida emancipacion.

Mas adelante se atrajo Cung-seu con sus advertencias el enojo del rey de Lu, y no esperando seguir siendo útil á la patria, se retiró nuevamente al reino de Vei con algunos discípulos. Llegado que hubieron á un pueblo de aquel reino, los habitantes apénas supieron el nombre del viajero, corrieron en tropel á verlo. Presentáronse en efecto á sus discípulos pidiendo licencia para ello, y estos sorprendidos de la vehemencia con que deseaban ser admitidos ante su maestro, quisieron saber el motivo. « Hace mucho tiempo (les respondió aquella buena gente) que conocemos por fama al sábio de Lu; mas de una vez hemos oido su elogio, y ensalzar su amor hácia los intereses del pueblo. Lo mucho bueno que se referia de él, nos ha inspirado un vivo deseo de conocerlo personalmente.»

Fueron, pues, introducidos, y los dos discípulos encargados de hacer los honores de la casa de su maestro dijeron precediéndoles: « El sábio que venis á conocer, ha sido enviado por el Cielo para que la sana doctrina que se va extinguendo entre los hombres, reviva por su medio. Él proporciona á cuantos lo escuchan, y se aprovechan de sus lecciones, bienes mas preciosos con mucho que las riquezas; la paz del corazon y la tranquilidad del espíritu. Si alguno de vosotros quisiere experimentarlo, hágase secuaz suyo y esté á su lado por algun tiempo.»

Ninguno de ellos se propuso hacerlo. Entretanto, la noticia de la llegada del filósofo de Lu al reino de Vei se difundió con presteza, y el

rey, contento de que un personaje de tan alto mérito hubiese ido á sus Estados, apeteció darle un público testimonio de su estimacion con la mas magnífica acogida. Salió á su encuentro á alguna distancia de la ciudad, con todo el fausto de su grandeza, y al llegar cerca del filósofo, se apeó de la carroza, tirada por cuatro caballos en fila, y marchó bajo un palio, rodeado de los oficiales, hasta el humilde carruaje de Cung-seu, cubierto de simple estera y tirado por un buey, segun era costumbre. Despues de los mas distinguidos saludos, señaló el rey por morada al filósofo un vasto y decoroso hospedaje, y le concedió la renta anual de mil medidas de arroz. El rey no habia hecho nunca mas para el recibimiento del embajador de una gran potencia. Prometióle ademas un puesto en el consejo para despues que se hubiese restablecido de las incomodidades del viaje: entretanto, lo invitó á recorrer los alrededores de la ciudad para elegir una casa real de campo en que pasar temporadas de cuando en cuando á su placer.

Cung-seu, por no disgustar al rey Li-cung, eligió una de las casas de campo de unos ricos particulares que habian sido desposeidos por la justicia en provecho del rey por causa de malversaciones perpetradas. Un dia que se recreaba en aquella casa, pasó un aldeano que iba á vender sus frutos á la ciudad, y maravillado de oír cantar y tocar un instrumento de piedra llamado *kiu* en un lugar que él creía deshabitado, se paró, y en tono de voz bastante desenfadado y despreciativo, exclamó: « Si estos desocupados que estoy oyendo se viesen precisados como yo á trabajar para vivir, emplearian mejor el tiempo. ¿Por qué no se dedicarán á alguna cosa mas útil?... » Y continuando á este tenor expresando su mal humor contra los ociosos, uno de los discípulos de Cung-seu dijo á este: « Permittedme que vaya á castigar á aquel temerario.

— ¿Qué cosa se os pone en la cabeza? (respondió el filósofo) ¿tan bien os habéis aprovechado del estudio de la sabiduría? Poco há, cuando el rey nos recibió, no respirabais mas que paciencia, modestia y dulzura; y hoy, por unas cuantas palabras, malamente consideradas como injurias, héos ya intolerante, orgulloso y colérico. Id, sí, á aquel hombre, no os lo prohibo; pero con el objeto de instruirlo con suavidad. Hacedle reflexionar que no somos tales cuales nos cree, que trabajamos; pero que nuestro trabajo es diferente del suyo, y que despues de haber trabajado á nuestra manera, buscamos un poco de alivio, entregándonos á algun honrado entretenimiento, como el de cantar, tocar, ó cosa semejante. Podéis añadirle, siempre en la manera mas suave que os sae posible, que así como nosotros dejamos que él haga tranquilamente cuanto le agrada, es justo que tambien él nos deje tranquilos á nosotros.»

El rey de Vei se complacia en conversar á

menudo con el filósofo de Lu; pero no se tomaba la pena de llamarlo a su consejo. La filosofía era para él un asunto especulativo, mas bien que práctico: la presencia del sabio en su corte lisonjeaba su vanidad, y los grandes que lo rodeaban querían también hacer ver que ellos amaban la filosofía especulativa; por lo cual buscaban frecuentemente los consejos del maestro y de los discípulos. Uno de ellos, encontrando un día a Seu-conag, le rogó que le diese a conocer los principales discípulos del filósofo, y Seu-conag le trazó el retrato de doce de ellos, a cuya cabeza colocó a Yen-oei, el discípulo predilecto de Cung-seu, cuya prematura muerte debía dejar en su ánimo de allí a poco una acerba impresión. Como se hablaba a menudo de aquellos sabios que se habían agregado a la corte del rey de Vei, se excitó de tal modo la curiosidad de Nan-seu, favorita del soberano, que exigió absolutamente de este príncipe una entrevista con el filósofo de Lu. El rey experimentó al principio alguna repugnancia a concederle lo que pedía; pero vencido al fin por su importunidad, envió a uno de sus cortesanos, a aquel en cuya casa se hallaba precisamente hospedado Cung-seu, a que lo presentase a su favorita. El cortesano dijo al filósofo, que si hacía lo que el rey aguardaba de él, el rey mismo experimentaría mayor placer del que sentiría al saber el triunfo de sus armas en una batalla, ó al conquistar una provincia entera. Pareció que Cung-seu se prestaba a semejante deseo, porque fué a palacio con el encargado de conducirlo, y cuando hubieron llegado al atrio del salón en que el rey recibía habitualmente a los grandes y a los mandarines, se detuvo al pie de la escalera, y rogó a su introductor que anunciase al rey que estaba aguardando sus mandatos.

« Sus órdenes están ya dadas (respondió aquel), debo conducirlos al aposento de Nan-seu. — No puede ser (replicó el filósofo); el rey sabe muy bien que por una larga costumbre un hombre no puede entrar en el aposento de una mujer que no es suya. — Id, pues, y referidle que yo aguardo aquí sus precisos mandatos; porque quizá vos no habéis entendido bien su idea, siendo probable que, enterado como está del género de vida de que hago profesión, me haya hecho llamar para pedirme algunos consejos relativos a la reforma de las costumbres y de los abusos que se han ido introduciendo en su reino, y hasta en su palacio. »

Semejantes palabras, que el mensajero se vió precisado a trasladar al rey, no desconcertaron en lo mas mínimo a la favorita. « Ese hombre se opone en vano (dijo), lo veremos; si él no quiere venir donde yo estoy, yo iré donde él está. » Y salió de la habitación, dirigiéndose al salón de audiencia.

Apénas percibió Cung-seu el sonido de la pedrería y de las campanillas que las mujeres de ilustre condición llevan en las garniciones del vestido, se volvió de cara a la parte del

Norte, y en la suposición de que se aproximaba el rey, ejecutó con toda gravedad las ceremonias respetuosas de la usanza régia; despues de lo cual se quedó por algunos instantes derecho é inmóvil, con los ojos bajos y con las manos al pecho. La modestia continuó a Nan-seu, la cual, despues de haberlo visto, se volvió a entrar en su aposento.

El rey de Vei que había querido justificar a los ojos de la corte y de sus súbditos las vergonzosas debilidades en que incurria para con su favorita, procurando una aparente aprobación de ellas por parte del filósofo, se dedicó inmediatamente a reparar el descalabro recibido. Convidóle a una brillante fiesta que daba a la favorita misma; pero quedó frustrado en sus esperanzas, porque Cung-seu, no queriendo irritarlo con una negativa absoluta, lo siguió en la expedición en su acostumbrado carruaje, pero a grandísima distancia, a fin de que fuese claro su sentimiento; esto fué causa de su desgracia.

Habiendo echado de ver el filósofo que sus proyectos de reforma habían encallado ante la intención del rey de Vei, determinó visitar los otros pequeños reinos cercanos. Fué primero al reino de Sung, pasando por el de Tsao, y ni allí se detuvo sino brevísimos instantes; despues, a Cheng y a Chen, ántes de llegar al último de los cuales corrió peligro su vida, por haber sido equivocado por los del país con uno que se había concitado su odio por las muchas extorsiones cometidas en su nombre. Habiéndose sustraído a este peligro, despues de visitar dichos reinos, regresó Cung-seu al de Vei. Acogióle el rey plazeramente, pero continuó rehusando sujetarse a las reformas del filósofo. Este intentó tranquilizarse componiendo una pieza de poesía, cuyo sentido es el siguiente:

« La flor *Yan-oa* es de suave olor; una combinación de útiles cualidades la hace preciosa a nuestra vista; mas siendo de extremada delicadeza, el mas leve sople la descompone, la desprende de su tallo y la echa por tierra. ¿Qué es de ella entonces? Los vientos la agitan, la impelen y repelen, remuévenla de acá para allá, hasta que algun rincón le da protectora acogida. Quieta así en un extremo del desierto, queda inútil y cae de por sí en el comun abismo. La sabiduría proporciona a quien la cultiva el goce de los verdaderos bienes; ella sola debería ser el blanco de nuestros votos; pero las pasiones la contrarían, los vicios la maltratan, y todas sus avenidas se cierran. ¿No se encontrará algun ser racional que la acoja y la honre? Yo estoy en mi declinación; mi carrera se halla para concluir, es necesario que llegue a su término; el sabio se encuentra bien por do quiera, suya es toda la tierra. »

Cung-seu continuó en el reino de Vei instruyendo a sus antiguos discípulos y formando otros nuevos, que llegaban de todas partes, y en gran número, a oír sus lecciones. Pasó mas adelante al reino de Tsao, despues al de Sung,

en donde el temor de verlo en breve reformar los abusos lo hizo sospechoso a los que se hallaban al frente de los negocios; pero los muchos discípulos que él iba reuniendo de día en día lo resarcieron del desprecio del poder, pues que le rogaron les diese instrucción en público, en un lugar que estuviese abierto para todos, a fin de que todos pudiesen aprovecharse de ella.

Habia junto a la ciudad, en un sitio aislado, un gran árbol, que con densa sombra resguardaba del sol. Este sitio, que ofrecía además una perspectiva campestre de las mas amenas, fué escogido para celebrar las reuniones. Empezaron en efecto estas, y cuando llegaron a ser frecuentes, los envidiosos del filósofo empezaron a concebir recelos; excitaron al general en jefe del ejército de Sung a impedir las, representando a aquel hombre de guerra que ocasionaba peligro la libertad del filósofo en esparcir dogmas; que tales asambleas en campo abierto, adonde todos podían concurrir y en que se discurría sobre usos antiguos, sobre antigua doctrina y antiguos emperadores, podían producir funestas consecuencias, porque en el paralelo de las costumbres primitivas con las modernas no se omitía acusar al gobierno y a cuanto entonces se practicaba. El guerrero, tomando estos discursos al pie de la letra, y no consultando mas que a sí mismo, se trasladó al lugar de las reuniones filosóficas, dispersó a sablazos a los discípulos, y obligó a algunos paisanos a cortar el árbol, a cuya sombra enseñaba Cung-seu la antigua doctrina, lo cual hizo que el filósofo tomase la determinación de volverse al reino de Vei.

Detenido en su viaje por las crecidas de muchos rios, y hallándose cerca de la ciudad de Seu, de que su padre había sido gobernador, se trasladó a ella, y paró allí por algun tiempo. Las grandes mudanzas que halló verificadas en su tierra natal llamaron a su memoria los primeros años de su vida, y la confrontación que pudo hacer de aquellos con las vicisitudes de la edad madura, le inspiró sentimientos melancólicos, que expresó en una elegía, cuyo sentido es como sigue:

« ¡Ay de mí! ¡ la doctrina de Chea está acabando! las ceremonias y la música, florecientes un día, caen en olvido; las leyes civiles y militares establecidas por el sabio Ven-van y por su hijo Vu-vang, se ven despreciadas. ¡Oh dolor! ya no se hace caso de los usos antiguos; ¿quién podrá de hoy mas resucitar su memoria entre los hombres? »

« Yo hice cuanto estaba en mí. Recorrí todo el imperio de Chen; ví abusos sin cuento, y porque los di a conocer a fin de que fuesen reformados, se rehusaron mis servicios, y fui rechazado de todas partes. Despréciase el *fung-hoang* (la fénix china), y las aves que le acompañan; solo se hace caso de los *yao* y de los *che* (pajarracos de rapiña). Me estremezo de horror; la tristeza me abrumba. ¡Sus! ¡ presto;

dispóngase mi carro; quiero alejarme con la mayor premura posible. ¡Sitios un tiempo deliciosos, cuán diferentes sois de lo que fuisteis! Os he vuelto a ver, pero os dejo sin dolor, porque no estáis ya conocidos. »

« ¡Ay de mí! por mas profundas que sean las aguas del rio, por mas rápido que sea su curso, los mas menudos pececillos nadan allí en libertad y encuentran su alimento; estas aguas se irritaron cuando yo quise trasladarme a otras riberas, y me negaron el paso. Aguardando a que se apaciguasen, me detuve en Seu, para derramar lágrimas, y aliviar mi corazón de la tristeza que lo oprime. Ahora no deseo mas que llegar cuanto ántes al Vei, para gozar en paz en mi antigua morada la libertad de suspirar sobre lo que he visto. »

Véase una nueva expresión de esos desalientos de la virtud, de esas desesperaciones de reformar las malas instituciones sociales, de hacer la felicidad de los hombres, de que los grandes, los mas perfectos mortales, no alcanzan a eximirse.

Algunos discípulos de Cung-seu que estaban en los reinos de Ye y de Tsai, invitaron a su maestro a pasar a aquellos Estados. Fué, pues, primero a Ye; luego, no habiendo podido ejecutar allí las esperadas reformas, se decidió a ir a Tsai. Pero llegando a un rio que había que atravesar, halló todo el país inundado, y tuvo que aguardar a que las aguas se retirasen. Mandó delante a su discípulo Seu-lu, para informarse del sitio por donde se podía vadear el rio sin peligro. Había dado este apénas algunos pasos, cuando vió dos hombres que, arando, conversaban entre sí, y habiéndose dirigido a ellos: « Amigos míos (les dijo), yo soy uno de los discípulos del sabio Cung-seu: el maestro quisiera ir al país de Tsai, decidme, os ruego, si hay algun paso cercano por donde podamos vadear el rio. »

— No sabemos de ninguno (respondieron); todo se halla inundado, y si queréis creernos, no vayáis mas adelante; en Tsai reina el mas horroroso desorden; la virtud anda sin asilo; el vicio se ve allí coronado; nosotros nos hemos salido para sustraernos a la persecución de los bribones, y hacemos aquí una vida tranquila cultivando las tierras. Nuestras faenas no nos impiden atender a la sabiduría; nos reunimos lo mas a menudo que nos es posible; hablamos sobre lo que era en tiempos atras el asunto de nuestros estudios, y al caer el día, nos volvemos al seno de nuestras familias, en donde consagramos algunos instantes a la lectura: por lo demas, dejamos andar el mundo como quiera, sin concebir el pensamiento de reformarlo. En los míseros tiempos que alcanzamos, el partido mas seguro es el de no mezclarse en los asuntos de los demas, el de mantenerse ignorados y no pensar mas que en sí mismos. Lo hemos abrazado, y nos va bien; haced vos otro tanto, é invitat a vuestro maestro a que nos imite. »

Estas palabras fueron referidas a Cung-seu,

quien se informó acerca del carácter de aquellos dos hombres, y supo que eran dos filósofos secuaces de Lao-seu. Mas adelante se erigió un puente sobre el río que corre junto al sitio en que tuvo efecto el diálogo, y se le dió el nombre de *ven-sin-yao*, puente de la investigación del vado.

Cung-seu y sus discípulos continuaron no obstante su camino para el reino de Tsai; pero permanecieron poco en él, y se volvieron al de Chen. El rey de este último Estado había hecho construir junto á su palacio un observatorio (*ling-yang-tai*), para el cual desembolsó considerables sumas. Había condenado á muerte en un primer impetu de cólera á tres oficiales, que estando encargados de vigilar los trabajos, no habían llenado su deber á satisfacción suya; y había ordenado que la sentencia de aquellos tres, en su opinión mas culpados que los demas, fuese ejecutada al pié del edificio, con el fin de que el pueblo conociese el motivo de ella. El día de la ejecución fué el rey en persona al observatorio para ser espectador. Mientras aguardaba el momento de aquella, le ocurrió el capricho de saber si aquel observatorio estaba construido como los de los fundadores de la dinastía Chen, y trató de informarse de ello por sus cortesanos. Ninguno se halló en estado de responderle, salió sin embargo de entre ellos uno que refirió haber en sus Estados un hombre versadísimo en las antigüedades, que podría suministrarle cuantas luces desease. Invitóse, pues, á Cung-seu por el rey, y yendo á encontrarle, le dijo: « Os he brindado á que veáis el observatorio que se ha terminado; ¿os parece que es mejor que el de los Chen, construido por Ven-vang? No me hallo contento de él; me he visto precisado á condenar á muerte á tres oficiales encargados de velar sobre su construcción, para castigarlos de su negligencia. ¿Se vió Ven-vang obligado á usar de tales extremos? »

— Príncipe (respondió el filósofo), el observatorio que Ven-vang hizo construir, era para uso, y no para vana exposición. El pueblo acudió en tropel á levantarlo, y no costó la vida á ninguno. Por otra parte Ven-vang tenía en mucho la vida de los hombres, para creer que podía disponer de ella á su antojo. Eran menester delitos muy probados para que él se determinase á condenar á muerte. No pronunciaba sus sentencias en ímpetu de cólera, ni por mal humor, ni por capricho, ni precipitadamente; hacía examinar, examinaba él mismo, y cuando el delito era conocido, interrogaba la ley, y no hablaba sino con arreglo á ella. »

El rey le interrumpió, cambiando de conversación, entrando despues en la sala, hizo suspender la sentencia, y un momento despues dió el perdón á los condenados.

Habiendo querido Cung-seu dejar con sus discípulos el país de Chen para pasar al de Tsu, adonde era llamado, los primeros ministros de los reinos de Chen y de Tsai, temiendo que aquel gran filósofo fuese á iluminar con sus

consejos á algunos reyes enemigos suyos, le urdieron emboscadas, y lo retuvieron prisionero y privado de alimento con sus discípulos. No fueron puestos en libertad hasta el sétimo día, mediante haber acudido tropas en su socorro. En aquel duro cautiverio, tuvo ocasion el filósofo de desplegar la serenidad y la confianza de su ánimo en la Providencia que vela sobre los destinos de la humanidad, y de prodigar nuevas lecciones de resignación á sus discípulos, que querían rechazar la fuerza con la fuerza. Dirigiéndose á uno de ellos, llamado Seu-cung, le preguntó, á qué causa atribuía el desprecio y el odio cuyos efectos experimentaban en tantas ocasiones.

« Maestro (respondió aquel), creo que se deriva únicamente de la excesiva elevación de vuestra doctrina, en comparación con la capacidad del mayor número; ella condena las inclinaciones de la mayor parte de los hombres. ¿No podríais hallar medio para dulcificar en dicha doctrina cuanto haya en ella de demasiado severo? Vos seríais mejor escuchado, y vuestras fatigas no quedarían del todo infructuosas. »

— Os engañáis (respondió Cung-seu); yo no exijo de los hombres mas de lo que conviene; la doctrina que trato de enseñarles es la que enseñaron nuestros antepasados, y que nos transmitieron. Yo no he añadido á ella una jota, ni le he truncado una sílaba; la transmito en su primitiva pureza; ella es inmutable, el mismo cielo es su autor. Yo no soy respecto á ella mas que un agricultor que confia la semilla á la tierra; no depende de él dar á la semilla una forma diversa, hacerla brotar, crecer y fructificar; él la deposita en el terreno tal cual es, la riega y le dedica todo género de cuidados; hace cuanto puede, lo demas no se halla en su poder. Por otra parte, no os hagáis ilusiones, dígame ó hágase lo que se quiera; de cualquier modo que se acoja, la doctrina tendrá siempre contradictores. »

Con todo, aquella alma tan fuerte y seria del filósofo se abandonó á la tristeza de los crueles desengaños. Cuando uno ve próxima á extinguirse la vida, y gastados en vano por la felicidad de los hombres todos sus esfuerzos, le es muy difícil no dejarse abatir. Véase una nueva elegía de Cung-seu, en la cual se pintan los tristes pensamientos que afligieron su alma despues de haber visitado con sus discípulos el célebre monte Tai-chan, sobre el cual iban anualmente á ofrecer sacrificios al Soberano supremo los antiguos emperadores chinos, y cuyos senderos hallaron desiertos y abandonados.

« No se puede llegar á la cima de la montaña, sin pasar por trochas difíciles y escarpadas; ni alcanzar la virtud, sino á costa de muchos esfuerzos y fatigas. Ignorar la senda que se debe tomar, ponerse en camino sin guía, es querer extraviarse, es arriesgar la vida. »

« Mi proyecto era subir á la cresta del Tai-

chan, para gozar una vez mas desde ella el brillante espectáculo con que allí brindan simultáneamente las cuatro partes del mundo, á los ojos contemplativos. Ni su altura, ni los espesos árboles que la cubren, ni los derrumbaderos que se encuentran, bastaron á atemorizarme. »

« Sabía que se encontraban senderos practicables al traves de los bosques, que había puentes sobre las barrancadas, y me tranquilicé. ¡ Mas ay de mí! Todo había desaparecido. Yerbas silvestres, abrojos y espinos cubren todas las sendas: ¿ por qué señales poder rastrearlas? Descuidados ó rotos los puentes, ¿ cómo me preservaré de los precipicios? »

« ¿ Trataré de abrirme nuevas vías, construir nuevos puentes? Los instrumentos de que necesitaria me faltan; las pasiones sofocaron todas las semillas de la virtud; ¿ cómo se las podría hacer retoñar? Emplee vanos esfuerzos para poner en los caminos que conducen á la sabiduría á los que quisieran caminar por ellos; no habiendo podido lograrlo, no me queda otra cosa sino gemidos y llanto. »

Llegado que hubo á su hospedaje, bajó el filósofo del carro; los discípulos que no lo habían acompañado, creyeron ver en su persona cierto cambio. No bien entró en su casa le anunciaron la muerte de su mujer Ki-cuan-chi. Entónces dijo á sus discípulos. « Ha muerto mi mujer; no tardaré en seguirla; porque ya estoy en la edad de sesenta y seis años; debo sacar partido de los pocos días que me restan. Procurad consolar á mi hijo, y haced por que no se abandone demasiado al dolor. »

El rey de Lu volvió á llamar al filósofo á su patria, de la que se hallaba ausente hacia ya catorce años. Dice sobre este punto el padre Amiot haberse podido convencer de que los diversos viajes del filósofo no habían excedido de una parte de la China actual. Por el Norte no pasó la frontera de Pe-chi-li; tampoco el río Kiang por el lado de Mediodía; la provincia del Chianh-tung (*el oriente montuoso*) fué su límite hacia Levante, y la provincia Chen-si hacia Occidente. No viajó, por tanto, por las naciones extranjeras, no tomó de ellas cosa alguna, y la doctrina que enseñó, fué la pura doctrina de los antiguos Chinos, cuya memoria procuraba renovar á sus contemporáneos que la habían descuidado en un todo, y dado al olvido.

Vuelto Cung-seu á su patria y desatendido por el gobierno, no cuidó mas que de enseñar y propagar su doctrina, de formar nuevos discípulos, de terminar las obras empezadas. Había en derredor de la ciudad varios terrenos levantados, sobre los cuales se ofrecían en otro tiempo los sacrificios, y que ya no servían mas que de meta al paseo de los ociosos. Habióanse construido junto á aquellas eminencias pabellones públicos donde guarecerse del sol y respirar el fresco ambiente de los campos. Elegía el filósofo alternativamente uno de estos para su *liceo* y su *academia*. Aquel á que en

mas frecuencia se trasladaba, porque se acercaba mas á la sencillez antigua, era entónces conocido, y es ahora célebre, bajo el nombre de *collado de los albaricoques* (ing-tau).

Allí, rodeado de sus discípulos, compiló y explicó el *Libro de los Versos* (*Chi-king*), el *Libro de los Anales* (*Chu-king*); perfeccionó su obra histórica titulada *La Primavera y el Otoño* (*Chun-sieu*), y explicó los enigmas de Fo-hi, ó el *Libro de las mutaciones* (*Y-king*). Tuvo hasta tres mil discípulos, pero no se hallaban mas de setenta y dos en estado de explicar los ritos, la música y las artes liberales, independientemente de la moral en que se ocupaban, y doce tan solo que, á mas de los conocimientos ordinarios, atendiesen con mayor especialidad á adquirir la sabiduría y á practicar la virtud. Eran estos últimos los compañeros del maestro, los depositarios de sus mas íntimos sentimientos, y los testigos de todas sus acciones. Á estos explicaba por menor todos los puntos de la doctrina que él se creía encargado por el Cielo de recordar á los hombres, y á estos encargó á su vez de propagar aquella misma doctrina despues de su muerte. Pero como los talentos de estos no eran iguales, asignó á cada uno en particular cuanto consideró mas conforme á su respectiva inclinación y capacidad.

Aquel de entre ellos á quien consideraba llegado á mas alto grado de virtud era el sabio Yen-oei, que hemos designado ya como el discípulo predilecto. Condujolo un día á uno de aquellos pabellones, y allí, en presencia de otros discípulos, le dijo: « Mi querido Yen-oei, yo me avanzo á largos pasos hacia el término de mi carrera, y no está lejos el tiempo de mi disolución. Vos habéis sido testigo de cuanto he hecho para tratar de inspirar á los hombres el amor á la virtud, y no ignoráis cuán escaso éxito he obtenido. ¿ Es quizá culpa mia? En tal caso, vos la repararéis, y llevaréis á cabo todo lo que yo he intentado en vano. El conocimiento que tengo de vuestra buena índole, y los progresos hechos por vos en el estudio de la sabiduría, me hacen fundar en vos las mas gratas esperanzas. Vos amáis á los hombres, os he visto compadecer su debilidad, excusar sus defectos, no ofenderos de su ingratitude, ni de sus demas vicios; os he visto hacerles todo el bien que podíais y desearles todo el que hubierais querido para vos mismo; en suma, me he convencido, observando de cerca toda vuestra conducta, de que tenéis la *humanidad* (*yin*) esculpida en el corazón con caracteres indelebles. Continúad haciendo de ella vuestra virtud favorita, y pues que sabéis perfectamente en qué consiste, y lo que ella exige de aquellos que quieren adquirirla, haced toda clase de esfuerzos para dar á conocer su excelencia, y tomáos el encargo de explicar su doctrina cuando yo no exista. Esto os recomiendo sobre todas las cosas. »

Al hablar así el filósofo, estaba muy distante de prever que muy en breve habria perdido á